

Fase 1: Usos domésticos

Ginés Bayonas

Desde hace algún tiempo; quizás desde que Ulises, travestido en Leopoldo Bloom, cambió las aguas del Mediterráneo en las calles frías y oscuras de una ciudad del norte de Europa; o quizás, por qué no, desde que a Vladimir -que no es, claro está, Illich Ulianov, sino el hijo bastardo de Beckett- se le cayeron los pantalones al intentar ahorcarse con su correa, los héroes que habían impregnado con siluetas perfiladas apenas, en fantoches sometidos al esquema inmutable del periplo vida-muerte-renacimiento-y-vuelta a empezar, a la doble función fisiológica de comer-defecar, que constituye, en definitiva, el soporte real de todos los seres vivos.

En este mundo desacralizado, pero también deshumanizado, los objetos, las cosas, desprovistos ya de cualquier atributo mágico o sobrenatural, cuantificados por la prosaica escala de los valores de bolsa, comenzaron a instaurar su reino sobre la tierra y se convirtieron en el eje de todas las relaciones sociales, cosificando con su contacto a todos los seres que pululan por este planeta, entre ellos al hombre.

Por eso a nadie debe extrañar que cierto día, cuando un grupo de locos o comediantes, lo cual, dicho sea de paso, decidió presentar a la NASA un proyecto mediante el cual pretendían demostrar a los seres extraños de otras galaxias los usos y las costumbres no menos extrañas del “homo sapiens”, en su afán de ser objetivos, descubrieran a éste como un objeto compuesto por una cabeza que puede llevar sombrero, por un tronco que se flexiona por la cintura y unas extremidades que sirven, sin ir más lejos, para subir o para bajar escaleras, para apoyarse en el alféizar de una ventana; como un objeto perdido

entre los objetos que pueblan el escenario reivindicando su autonomía no solamente vital, sino también estética.

No sabemos si la NASA ha recibido o no semejante propuesta -al menos en el momento de escribir estas líneas no se tiene noticia de ello-. Pero mucho nos tememos que, aunque así hubiera sido, los sabios que diseñan con tanto tino la estructura de las estrellas habrán hecho caso omiso de la cuestión. De cualquier modo, si ARENA TEATRO no pudiera llevar, por motivos obvios, a cabo su aventura científica, con Usos Domésticos inaugura un viaje por otra clase de espacio que, a pesar de estar acotado por coordenadas geométricas, ofrece unas perspectivas ilimitadas para la aventura teatral: el espacio escénico. El mundo, la vida fluye anodina, monótona ante nuestros ojos, diluyéndose en cuadros o escenas que se repiten diariamente como secuencias de un rito vulgar y sin contenidos trascendentales: fumar, ver la televisión, lavar los platos, el cuerpo, dormir, levantarse. Sin embargo, paralelamente, otro mundo, otra vida fluye a su vez en el interior oscuro de nuestra mente, un mundo compuesto de imágenes deformadas, grotescas, pocas veces sublimes, que se desarrolla siguiendo su propia lógica, subvirtiendo el orden establecido mediante un mecanismo de hechos absurdos e irracionales, como alguien que tira al plato dentro de una cocina, como un acorazado que irrumpe en escena entre los decorados de una ópera mientras Harpo Marx hace equilibrio al otro lado, en la zona oculta del escenario.

Esos dos mundos, independientes el uno del otro, se funden indisolublemente sobre el espacio escénico y adquieren una dimensión diferente, propia. Y al igual que, una vez extraídos de su contexto usual, los objetos -una silla, una boca de riego, un bote de sopa “Campbell”- representan en un museo o en un lienzo atributos artísticos, de la misma forma los acontecimientos insignificantes y cotidianos pueden constituir sobre un escenario actos de un

drama auténtico o, mejor, movimientos de un concierto que afecta tanto al oído como a la vida.

El arte, el teatro, cuando responde a una necesidad de búsqueda, esto es, cuando pretende, como *decía* Carlos Fuentes refiriéndose a la novela, arrancarle al mar importantes parcelas, genera sus propias leyes, sus propios procedimientos, rompe los límites y las barreras, los diques levantados artificialmente por las academias; desarrolla y estrecha, partiendo de una ósmosis total, disciplinas que antes se hallaban separadas.

Este es el caso de Usos Domésticos, pieza que nace a través de los pasos arítmicos de una danza mecánica, repetitiva y que, poco a poco, va introduciendo movimientos y gestos, elementos dramáticos y estereotipados, cuyos orígenes se encuentran quizás en el teatro oriental, pero también en el circo, en el absurdo; en una palabra, en el sincretismo total de culturas que implica, a su vez, sincretismo de artes y manifestaciones artísticas.

El teatro no es ya, en el sentido wagneriano de la palabra, el lugar donde se encuentran separadamente la música, la pintura, la literatura..., sino el espacio (escénico) donde se funden y se destruyen mutuamente los límites, las barreras que separan o caracterizan tales actividades, el laboratorio que conecta directamente y prolonga las operaciones alquimistas de nuestro cerebro, de nuestra capacidad creativa.

Fase 1: usos domésticos.

Por Fuensanta Muñoz Clarés.

El arte moderno ha mirado con especial interés, e incluso con cierta morbosidad algunas veces, lo cotidiano, los enseres, los sonidos, las acciones. Tal vez porque lo cotidiano llega a ser para algunas personas, en nuestra – llamémosla así– civilización, un suceso agobiante, una rutina enajenatoria, un ritmo exterior que desacompasa el interior, una causa, en definitiva, de deshumanización.

Expresar lo que tiene de hermoso lo cotidiano se llama idealismo, y quién lo hace, si lo logra, es hoy en día más idealista que nunca. Someter lo cotidiano al análisis del microscopio ignoro qué nombre puede recibir, pero en todo caso el objeto se desvirtúa y exagera. La perspectiva del arte moderno debe ser otra y, de hecho, lo es. Cuando se acerca a lo cotidiano, apenas se acerca para alejarse de inmediato. Pretende lograr el máximo distanciamiento posible, observado desde un punto de vista de superioridad por un momento. El artista se sale fuera del hecho que él mismo sufre y se convierte en testigo distanciado y, si es posible, desinteresado, de todas nuestras idas y venidas, de los hechos mínimos que van cobrando relevancia en nuestra vida hasta ocupar un puesto principal que, por su misma nimiedad, no les corresponde, pero a los cuales la necesidad obliga. Contempla nuestras acciones como un zoólogo observaría a una horda de simios en sus manifiestos instintos, en sus aparentes absurdos, y concluye, aunque al fin recuerde el primitivo sentido de cada acción, que el hombre es un ser de difícil progreso y de fácil retroceso, de otro modo convertir un instinto en voluntad e intención es sumamente costoso, pero que una voluntad o una intención termine siendo un instinto creado artificialmente es demasiado fácil.

A mi parecer, esta es la conclusión que Esteve Graset y Arena Teatro pretenden ofrecernos en su espectáculo, trepidante, rítmico y descarnado, mostrando la sordidez de la vida cotidiana desmenuzadas en sus acciones automatizadas. Añádesele el humor preciso para que el espectáculo no sea un canto a la desesperación y recurra al rincón más humano de nuestra conciencia, donde, según dicen, reside la risa y el llanto, y tendremos la línea maestra de “Fase 1: Usos Domésticos”. El resto, y quizás el camino que nos aleje de la sórdida cotidianeidad y, por tanto, de la desesperanza, vendrá en otras fases.

© Fuensanta Muñoz Clarés.